

todos los sacerdotes de la Alemania hubiesen tenido la ciencia de Santa Liobba; porque entre ellos los habia bastante ignorantes, aún respecto al modo de administrar el sacramento del bautismo. » (Tom. XI, pág. 19.) Santa Liobba ayudaba, por consiguiente, á San Bonifacio, no sólo en la instruccion de las mujeres, sino tambien en la de los hombres, y aún en la de ciertos eclesiásticos, á quienes enseñaba, con la ciencia, los deberes de su estado. Santa Liobba fué para San Bonifacio lo que Santa Tecla para San Pablo, la compañera de su apostolado, *socia apostoli*, y uno de los más poderosos medios de que se valió para acabar y afirmar la gloriosa conquista de los pueblos alemanes al Cristianismo.

§ XLIX.— Las *mujeres religiosas*, misioneras igualmente.— Santa Salaberga, Santa Hildegarda, Santa Gertrúdis, Santa Francisca Romana y Santa Juliana.— Celo de estas santas en la conversion de los pecadores y en la santificacion de los hombres.— Santa Brígida, su apostolado y sus profecías relativas á los griegos.— El prodigio de Santa Rosa de Viterbo predicando y convirtiendo á los herejes.

Las *mujeres religiosas* de la Edad Media, no sólo contribuyeron en gran manera, con su ciencia y con su celo, al buen resultado de las misiones que se hacian entónces en los países de Europa todavía paganos, sino que muchas de ellas, por los establecimientos piadosos que fundaron, y por su celo en convertir á los pecadores y en propagar la santidad, fueron tambien unas verdaderas misioneras.

Santa Salaberga, hija del duque Gaudoin, habia resuelto desde su infancia consagrarse al Señor; mas habiendo sido obligada, por órden del rey Dagoberto, á casarse con un gran señor de su córte, llamado Blandin, se indemnizó de la pérdida de la virginidad en su persona, inspirándola á sus hijas y á las doncellas más nobles de su país. Hizo aún más: inquieta siempre por no haber podido seguir su primera vocacion, persuadió á su esposo á retirarse del mundo y á abrazar el estado eclesiástico, y ella se hizo religiosa. Ella fundó, bajo la direccion de San Valdeberto, un monasterio en la diócesis de Langres, adonde se retiró, y adonde más de trescientas doncellas nobles fueron á colocarse bajo su direccion. Ella tuvo tambien la dicha de ser al apóstol de toda su familia, por sus

ejemplos y por sus oraciones, y de esparcir muy léjos la santidad por medio de su misma familia; porque Gaudoin, su padre, Boda, su hermano, Blandin, su esposo, Austrada, su hija, y sus dos hijos, Eustasio y Badouin, fueron de aquellos santos que santificaron á muchas personas. Boda igualmente, el único de sus hijos que contrajo matrimonio, cediendo á las piadosas inspiraciones de su santa esposa, Odila, renunció al matrimonio y fué uno de los más santos obispos de Toul, y su esposa se retiró á un convento con Austrada, su hermana política. Habiendo querido despues trasladar su comunidad á la ciudad fuerte de Laon, Santa Salaberga y sus religiosas fueron recibidas procesionalmente por el obispo y su clero, como si fuesen sus ángeles tutelares; porque los obispos sabian muy bien que semejantes establecimientos de santas vírgenes en las ciudades esparcian en ellas el santo olor de Jesucristo, y eran uno de los más grandes medios de santificar á los pueblos.

Santa Hildegarda, fundadora del monasterio del monte de San Ruperto, ejerció tambien en la misma época un apostolado muy útil y muy eficaz en Francia y en Alemania. Despues de las informaciones más escrupulosas acerca de su persona y de su conducta, despues del exámen más severo de sus escritos, el papa Eugenio III habia aprobado su espíritu y confirmado sus revelaciones, á instancias de los obispos y de San Bernardo, en un Concilio reunido en Tréveris, al que él asistió, acompañado de diez y ocho cardenales. Habiendo aumentado esta imponente aprobacion la estimacion y la veneracion que todos profesaban á aquella santa religiosa, y habiendo dado una gran autoridad á sus palabras, corrian de todas partes á su monasterio, como á San Juan en el desierto, para obtener sus consejos, para oír su santa conversacion, para implorar el auxilio de sus oraciones en las desgracias privadas y en las calamidades públicas, y todos se retiraban mejorados y convertidos, porque nadie podia resistir á la elocuencia de sus discursos, realizada por la virtud de sus prodigios y por el prodigio de sus virtudes. El bien que hacia desde léjos con sus cartas no era menor que el que hacia de cerca con sus discursos. Cuando los reyes, los grandes señores y aún los obispos mismos le escribian para consultarle sobre los más importantes negocios de sus estados ó de sus iglesias, Santa Hildegarda, al responderles, no se olvidaba de dirigirles sus advertencias saludables, de reprenderles sus defec-

tos, y de exhortarles á purificar sus almas de todas sus manchas, y de recordarles la observancia de sus grandes deberes. Ella escribía en este sentido al rey Conrado y á su hijo, y áun al mismo Pontífice. Dios le había concedido el dón de profecía; ella leía en el porvenir, y los acontecimientos venían siempre á confirmar la verdad de sus predicciones. Todos recibían sus avisos como una voz del cielo. «Ella era entre las mujeres; dice M. Rohrbacher, lo que San Bernardo entre los hombres» (lib. LXVIII); es decir, la guía y el maestro de los pueblos, el consejero de los príncipes y de los obispos, el restaurador de la piedad, el apóstol de las santas costumbres, y en cierto modo, el oráculo de la Iglesia.

Santa Gertrúdis, la gloria de la Sajonia católica, habiendo consagrado su virginidad y su persona á Jesucristo á la edad de cinco años, había recibido de Él los dones y los privilegios más extraordinarios en el órden de la naturaleza y en el de la gracia. Dios le había revelado los más grandes é inefables misterios; Él le había comunicado en un grado supremo la ciencia sublime de Jesucristo y de su cruz; Él le había concedido el dón de los milagros y de la profecía, y sin embargo, ella tenía un sentimiento tan humilde de sí misma, que habiendo sido superiora de dos monasterios célebres por espacio de cuarenta años, se consideraba y se conducía como la más humilde sierva de todas sus religiosas, y decía con frecuencia que uno de los mayores prodigios de la bondad de Dios era el de sufrirla con tanta misericordia, siendo ella la más indigna de sus criaturas (1). Este doble prodigio de inocencia y de humildad fué tambien un prodigio de celo por la salvacion de las almas. No contenta con haber escrito algunos libros capaces de excitar y alimentar la verdadera piedad, se ocupaba asiduamente en la conversion de los pecadores; ella no omitía medio alguno de hacer bien al prójimo. Ella era un verdadero apóstol de la virtud, de la santidad y de la verdadera devocion; y el fruto de su apostolado fué tan grande como el celo con que lo ejercía (2).

Santa Francisca Romana, aquella matrona tan ilustre por su es-

(1) «Quamvis multis naturæ et gratiæ donis à Deo aucta esset, ita tamen sibi ipsa vilexerat, ut, inter præcipua divinæ Bonitatis miracula, hoc item memoraret, quod se indignissimam misericorditer sustineret.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Multa ad fovendam pietatem scripsit. Proximorum saluti omni ope studuit, piæque curæ copiosum fructum retulit.» (*Ibid.*)

piritu de penitencia, por sus milagros y por su desprecio del mundo, áun cuando casada, á pesar suyo, con el más noble señor de Roma, vivía en medio del mundo, fué todavía más ilustre por su ardor en procurar la salvacion de los hombres. Ella consagraba á esta grande obra y á la oracion todo el tiempo que le quedaba, despues de haber cumplido sus deberes (1).

Habiendo quedado viuda, y habiendo pedido ser admitida como sirviente en el convento de las *oblatas del monte Olivete*, cuya fundadora era ella, sus delicias consistían en visitar y servir á los enfermos en todos los hospitales de Roma, y en cuidar á los pobres. Pero al cuidar sus cuerpos con la ternura de una madre, se ocupaba con el celo de un apóstol en convertir y en consolar sus almas con avisos saludables y con edificantes discursos. El objeto especial de su celo consistía en reformar las costumbres de las matronas romanas, y en inspirarles el menosprecio de las pompas del siglo, de las vanidades y del lujo (2); porque sabía muy bien que es necesario comenzar por convertir á las mujeres cuando se quiere convertir á los hombres. Dios bendijo sus santas intenciones. Su ejemplo y el de las más nobles vírgenes y viudas romanas á quienes ella había reunido en su convento, *Tor de' Specchi*, fueron una verdadera mision que tuvo los más felices resultados entre la nobleza romana, y, por consiguiente, tambien entre los personas del pueblo. Aquella fué la época de una gran reforma de costumbres y de la restauracion de la verdadera piedad en todas las clases de la ciudad santa. (*In Vita.*) En una palabra, Santa Francisca Romana fué entónces lo que más tarde San Felipe Neri, el apóstol de Roma.

La ciudad de Florencia tuvo tambien, casi al mismo tiempo, su apóstol en la persona de una mujer, que fué Santa Juliana, de la noble familia de Falconeri. Su madre era la noble y piadosa matrona Reguardata, que persuadió á su esposo que edificase, en honor de la Santísima Virgen, el rico y magnífico templo de *la Annunziata*, verdadero prodigio del arte y el más bello monumento de Florencia. Su tio fué el bienaventurado Alejo, que decía á su santa hermana Reguardata, aludiendo á Juliana, su hija: «Hermana,

(1) «Quidquid à domesticis curis supererat temporis, orationi aut proximorum utilitati tribuens.» (*Brev. Rom.*)

(2) «In id maxima solitudine incumbens ut matronas romanas à pompis sæculi et ornatus vanitate revocaret.» (*Ibid.*)

vos no habeis dado á luz una hija, sino un ángel. » Pues bien, este ángel en la pureza era un serafin en el amor de Dios y en el celo por la salvacion de las almas.

Queriendo comenzar su apostolado por la práctica de la más elevada perfeccion, renunció al mundo, que, sonriendo á su nobleza, á su juventud y á su belleza, parecia prometerle el más brillante porvenir, y se retiró á una humilde casa, y habiendo pronunciado el voto de virginidad en manos de San Felipe Benicio, se consagró enteramente al servicio de Dios y al alivio de los desgraciados. Movidas por tan bello ejemplo las doncellas y las viudas de las familias más nobles, fueron en gran número á unirse á ella, dichosas en seguir sus huellas y en vivir bajo su direccion. Su misma madre, cuando la muerte de su esposo se lo permitió, fué á unirse á ella en su retiro, y se constituyó discípula de su propia hija en la ciencia y en la práctica de la perfeccion religiosa (1). Este fué el origen del *orden de las manteletas*, del que Juliana fué fundadora, y al que dió una regla, obra maestra de sabiduría y de santidad. (*Brev. Rom.*) No estando en clausura, empleaba en hacer bien al prójimo todo el tiempo que no dedicaba á la oracion y á la meditacion. Con frecuencia se la veia sirviendo á los enfermos en los hospitales y en las casas particulares, y con mucha más frecuencia se la veia tambien ocupándose, como un ángel de la gracia y de la paz, en la salvacion de las almas y en el bien público; porque separar á los pecadores del camino del vicio y del desorden, inflamar á los tibios, exhortar á todos á la virtud y á la perfeccion, restablecer la union en las familias y la concordia entre los ciudadanos, eran sus ocupaciones asíduas, que Dios coronaba con el más feliz éxito. (*Ibid.*) Las religiosas, sus hijas, obraban de la misma manera, segun la medida de la gracia que Dios les concedia para ello. Desde luégo se comprende el inmenso bien que debía obrar esta legion de ángeles terrenos, á quienes el nacimiento hacia respetar y la santidad hacia admirar, esparciéndose por la ciudad en busca de pecadores que convertir y de desgraciados que consolar. Tal era el mérito de Santa Juliana. Cualquier hombre apóstol hubiera estado muy satisfecho de los triunfos de este apóstol mujer.

(1) «*Julianæ exemplum secutæ sunt plurimæ ex nobilioribus familiis feminæ ac mater ipsa filiæ suæ religiose se instituendam dedit.*» (*Brev. Rom.*)

En otro lugar hemos dicho algo del mérito de Santa Brígida *reina*, y éste es el lugar de hablar del mérito de Santa Brígida *apóstol*. En el *Breviario Romano* se dice que ella ejerció en Roma, en una grande escala, el apostolado del amor divino, y que con este fin la envió el mismo Dios desde el fondo de Suecia á esta ciudad (1). Al mismo tiempo, como otro San Bernardo, dirigió Santa Brígida palabras severas al clero y á los nobles de la ciudad santa, con motivo de su conducta, demasiado profana. Ella dijo al mismo papa Gregorio XI lo que Dios exigia de él para la reforma de la córte romana y de la Iglesia, anunciándole, en los términos más explícitos, una muerte próxima, y un juicio severo en el tribunal del Supremo Juez, si no se apresuraba á cumplir la voluntad de Dios. (*Revel.*, Lib. VII.)

En Nápoles, donde ella se detuvo dos veces, al ir á Jerusalem y al volver de esta ciudad, reconvino á la reina Juana por sus crímenes y sus excesos, al arzobispo Bernardo por su vida poco eclesiástica, y á los nobles por su abominable conducta para con los esclavos. Entónces se compraban en Nápoles los infieles para el servicio de las casas principales, pero no se tenia el menor cuidado en hacerlos cristianos. Léjos de esto, se les trataba como perros, se les abrumaba á golpes, y se les trataba tan mal, que muchos de aquellos desgraciados, llenos de desesperacion, se daban ellos mismos la muerte. En cuanto á las mujeres, cuando no se tenian en casa como prostitutas, se vendian ó se exponian en lugares infames, para sacar de ellas una utilidad más infame aún. «Esto, decia públicamente Santa Brígida, es abominable á los ojos de Dios y de toda la córte celestial, porque Dios ama á los esclavos, supuesto que son sus criaturas lo mismo que los hombres libres, y que por ellos tambien vino á este mundo y sufrió en él la muerte de los esclavos. Dichosos aquellos que sólo compran los paganos con la intencion de atraerlos á la fe cristiana, de educarlos en la virtud y de darles la libertad. Esta es la obra más meritoria en presencia de Dios. Pero desgraciados, tres veces desgraciados, aquellos que hacen lo contrario; ellos no escaparán del castigo de Dios ni aun en este mundo.» Este lenguaje de celo de parte de una mujer que no habia

(1) «*Romam, Dei jussu venit, ubi plurimus ad amorem divinum vehementer accendit.*» (*Brev. Rom.*)

conservado de su antigua cualidad de reina más que el derecho de hablar más libremente y el deber de dar grandes ejemplos, hizo una impresion profunda en todos aquellos á quienes se dirigió, y produjo una reforma general.

Habiendo arribado á la isla de Chipre la reina Eleonora, cuyo esposo, el rey Pedro de Lusñan, acababa de ser asesinado por su hermano, la consultó sobre el partido que debía tomar, y Santa Brígida le dió, entre otros consejos, los siguientes: 1.º, que no se casase en segundas nupcias, sino que llorase los pecados que habia cometido, y reparase con la penitencia y el buen ejemplo el tiempo mal empleado y los escándalos que habia dado; 2.º, que velase ante el nuevo rey, su hijo, á fin de que no impusiese al pueblo nuevas cargas, y que hiciese reinar en su estado la paz, la justicia y las buenas costumbres; 3.º, que aboliese con su ejemplo la costumbre de las mujeres de vestirse de una manera indecente; 4.º, que tuviese un confesor muerto al mundo, que amase la salvacion de las almas de los príncipes más que sus dones, y que no tuviese empaño ni temor en reprenderlos por sus pecados; 5.º, que arreglase su conducta á la de las santas mujeres de la Iglesia, y que trabajase como ellas para honrar á Dios y salvar á los hombres.

Santa Brígida dió tambien al jóven rey instrucciones importantes, que produjeron algun fruto. Pero sobre todo habló á la ciudad entera con el espíritu y la libertad de Jeremías. «Esta ciudad, decia ella, es Gomorra, abrasada con el fuego de la lujuria y de la ambicion. Por esta causa caerán sus edificios, ella se verá atribulada, sus habitantes gemirán bajo el peso de la tribulacion y del dolor; ellos serán aniquilados, y su confusion se publicará por todo el mundo, porque Dios está justamente irritado contra ellos. En cuanto al caudillo que ha causado la muerte de su hermano, en vano se llena atrevidamente de orgullo y se gloria de su incontinencia; porque le sucederá lo que dice el proverbio:—El que llora el último no llora ménos que el que llora el primero.—Él no tendrá una muerte más dulce, sino una muerte más amarga aún que su hermano.» Desde Jerusalem envió Santa Brígida nuevas exhortaciones á este mismo pueblo. «Pueblo de Chipre, le decia ella, yo os anuncio que, si no quereis corrégiros, Dios os borrará del reino de Chipre; Él no perdonará al pobre ni al rico; Él os arruinará de tal manera, que dentro de poco no habrá memoria de

vosotros, como si jamas hubieseis existido.» No habiendo producido estas formidables palabras más efecto que el que produjeron las palabras de los profetas en los judíos, las palabras de Brígida, lo mismo que las de los profetas, se cumplieron poco tiempo despues, cuando, á consecuencia de la toma de Famagosta, se apoderaron los turcos de la isla entera, la sometieron á su dominacion, é hicieron en casi todos sus habitantes el estrago más horrible que recuerda la historia.

En las mismas exhortaciones pronunció Santa Brígida esta famosa profecía sobre el Imperio griego, que en el estado de fantasma subsistia aún: «Los griegos, decia ella, deben saber tambien que su Imperio, sus reinos y sus dominios no estarán jamas en seguridad ni en paz, sino siempre sujetos á sus enemigos, de quienes tendrán que sufrir horribles padecimientos y largas miserias, hasta tanto que con una verdadera humildad y caridad se sometan ellos devotamente á la Iglesia y á la fe romana.» (Lib. VII, cap. XIX.) Esta profecía se cumplió exactamente ochenta años despues, con la toma de Constantinopla por Mahomet II, que destruyó el Imperio griego y sometió á todos los griegos al yugo musulman. El resto de la profecía se cumplirá tambien. Los griegos sueñan con la restauracion del Imperio griego por la proteccion rusa; pero el Czar, pontífice fanático del cisma, no hará otra cosa que petrificarlos en el cisma, y permaneciendo en el cisma, no podrán librarse del estado de servidumbre en que cayeron en castigo del cisma. Santa Brígida lo anunció, y sucederá así: el Imperio griego no se restablecerá sino cuando los griegos vuelvan á la unidad católica.

De este modo recorria el mundo esta mujer extraordinaria en compañía de su hija, Santa Catalina de Suecia, como un verdadero profeta, como un verdadero apóstol, y cualquier apóstol y cualquier profeta del Señor se creeria dichoso en haber convertido tantas almas como Santa Brígida, y en haber hecho tanto bien como ella á la Iglesia y á las naciones.

«Uno de los auxilios más singulares, dice Mr. Rohrbacher, que Dios proporcionó á su Iglesia en aquellos tiempos difíciles, fué una tierna niña, Santa Rosa de Viterbo.» De esta prodigiosa niña se valió Dios para obrar los mayores prodigios en favor de la salvacion de las almas. Sus primeras palabras fueron los nombres de Jesus y de Maria; su primer movimiento libre fué el de ir á arrodia-

llarse ante un crucifijo y ante la imagen de la Virgen; el primer uso que ella hizo de su corazón fué el de consagrarlo á Jesucristo. Ella no sabía hablar aún, y ya era el modelo de todas las virtudes y la maestra de toda la perfección (1). Á la edad de tres años, el amor celestial la abrasaba ya de tal manera, que pidió por favor á sus padres que la dejaran vivir en una pequeña celda para no ocuparse más que de Dios, y durante la noche se veía muchas veces obligada á dejar su pobre lecho y á ir por las calles cantando con una voz melodiosa las alabanzas de su celestial Esposo. (Bolland, 4 September.) Su espíritu de severidad para consigo misma era tan fervoroso como su amor de Dios. Ella no interrumpía su contemplación, que era su vida, sino para afligir su pequeño cuerpo, su carne inocente, con los azotes, el ayuno y el cilicio. Ella caminaba siempre con los pies desnudos; una túnica grosera formaba todo su vestido. Ella era un pequeño ángel vestido de penitente, un lirio rodeado de espinas (2). La ciudad de Viterbo era entonces el foco del maniqueísmo. Pues bien; habiéndose aparecido un día la Madre de Dios á la pequeña Rosa, que no tenía más que diez años, y habiéndola curado de una enfermedad que había hecho desesperar de su vida, le mandó predicar la verdad, la justicia, la penitencia y la paz á sus conciudadanos extraviados. La niña obedeció, y se vió á esta niña, de una constitución muy débil, pero de un alma fuerte como la de un héroe, recorrer como los profetas de Israel las calles de Viterbo, invitando á los pecadores á la penitencia, excitando á los tibios á la defensa de la Iglesia de Dios, y refutando á los herejes con argumentos, á los que nada tenían que responder, convirtiendo de este modo á un gran número de ellos (3). Los católicos bendecían á Dios al oírlo; era imposible dejar de reconocer que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Los herejes, obstinados, bramaban de rabia, la amenazaban con la muerte para hacerla callar; pero la niña no hablaba con menos fuerza, decla-

(1) « Ab ipsa infantia omni virtute enituit, facta perfectionis magistra, cum vix loqui dedicisset. » (*Brev. Rom.*, 4 Septem.)

(2) « Vili amictu, pedum nuditate, cilicio, jejuniis aliisque austeritatibus corpusculum affligens, divinæ contemplationi jugiter vacabat. » (*Ibid.*)

(3) « Decennis á Deo inspirata piis adhortationibus, validisque argumentis, multus hæreticos ad fidem et obedientiam romani Pontificis reduxit. » (*Ibid.*)

rando que no podía sucederle cosa más feliz que la de dar su vida por el amor y la defensa de la santa fe católica. Viterbo estaba entonces ocupada por los feroces satélites del emperador Federico, el autor de los cismas, el gran perseguidor de los Papas y de la Iglesia. Fué, por consiguiente, muy fácil á los herejes, para deshacerse de esta niña apóstol, obtener del procurador imperial que fuese arrojada de la ciudad con sus padres. (*Brev. Rom.*) Los buenos católicos se afligieron mucho por esto; pero Rosa les dijo públicamente: « Regocijaos, fieles cristianos, porque dentro de pocos días oiréis la noticia de un grande acontecimiento, que dará la paz á la Iglesia. » Y pocos días despues llegó á Viterbo la noticia de que el nuevo Juliano apóstata, Federico, había muerto (1). Volviendo Rosa á Viterbo, continuó sus predicaciones, y es imposible formar una idea del número de las conversiones que hizo. Santa Rosa acabó su carrera, en el ejercicio de este apostolado, á la edad de diez y ocho años, diez y ocho siglos há. Sin embargo, su cuerpo se conserva intacto (*Brev. Rom.*), para probar al mundo la verdad del prodigio de su vida por este prodigio constante que ha presentado su cuerpo despues de su muerte.

§ L.—Santa Catalina de Sena, el gran prodigio del siglo XIII.—Su amor á la virginidad.—Su caridad heroica.—Sus profecías.—Prodigio de su celo por la conversión de las almas, coronado por un éxito todavía más prodigioso.—Su doctrina puramente celestial.—Sus predicaciones en el Sacro Colegio.—Sus negociaciones y el resultado feliz de ellas por la paz de Italia, y por la unión de los pueblos en la obediencia del Papa legítimo.—Excelencia y grandeza de su política.—Inmenso bien que ella hizo á la república cristiana y á la Iglesia.—Consecuencias del apostolado de la mujer católica en la Edad Media.

Pero la verdadera mujer apóstol y misionero, la mujer más extraordinaria y admirable, la mujer que desempeñó el papel más importante en la Iglesia, y que hizo el mayor bien á la Iglesia en la Edad Media, fué Santa Catalina de Sena. Recorreremos rápidamente su infancia, tan maravillosa como la de Santa Rosa de Vi-

(1) « Frederici mortem et Ecclesiæ pacem propheticis spiritu prædixit. » (*Brev. Rom.*)